
ENCUENTRO INTERNACIONAL HABITAT COLOMBIA
Fundación HÁBITAT COLOMBIA

La privatización de la vida en el mundo urbano posmoderno

Peter Brand¹.Colombia

La modernización y sus sombras

La característica sobresaliente del urbanismo contemporáneo es la inexistencia de una idea clara sobre qué hacer con la ciudad, sobre la organización y la forma que debe tener. Las ciudades se transforman, nuevos problemas nacen y otros desaparecen, con una dinámica propia y abrumadora, aparentemente fuera del alcance de cualquier esquema analítico y del control de cualquier directriz planificadora. El cambio y la fragmentación de las ciudades, la perplejidad e impotencia ante los hechos -signos vitales de la condición posmoderna- marcan los pasos inseguros del urbanismo, en el cual cualquier propuesta urbana sufre irremediablemente de ser parcial, puntual o condicionada. La proyección de la ciudad en el largo plazo (cada vez más corto e imprevisible), si se atreve a hacerlo, se limita a principios generales, políticas sumamente imprecisas y flexibles, o escenarios especulativos. La gestión

¹ Investigador. profesor asociado del Posgrado de Planeación Urbano-Regional, Universidad Nacional

urbana cotidiana está sometida a una sucesión caótica de coyunturas y crisis. La ambigüedad de la noción del uso y consumo de ciudades capta a la perfección la confusión reinante en el mundo de los estudios urbanos. Esta confusión o heterogeneidad amorfa es el tema que se examina en el presente trabajo, junto con la de la sostenibilidad como salida o solución globalizante para las ciudades del Siglo XXI. Las observaciones anteriores no quieren decir que exista un desinterés en la ciudad como tal. Al contrario, podría decirse que hay un renacimiento de lo urbano en los últimos años, que algunos analistas han comparado con la gran época urbana de la edad media tardía en Europa. El mundo entero se urbanizó en el Siglo XX, y en sus postrimerías, la transnacionalización de la economía ha debilitado los Estados Nacionales, con el consecuente resurgimiento de la importancia económica, política y cultural de lo local, lo municipal y lo urbano. Sin embargo, a pesar de todo esto se ha desvanecido cualquier modelo o imagen nítida sobre cómo debe ser el producto o finalidad espacial de los recientes y enérgicos esfuerzos de gestión urbana. La pulverización tecnológica del espacio y la explosión de formas urbanas dificulta, incluso, una definición de la ciudad misma como hecho espacial. Desde cierta perspectiva, esto constituye un hecho inquietante. Subvierte nuestra formación disciplinaria construida sobre la idea de la ciudad como hecho colectivo y por lo tanto es susceptible de ser analizada, interpretada y proyectada en su totalidad. Lo colectivo subyacía todas las aproximaciones modernas a la ciudad, desde su concepción como expresión y contenedora de la civilización, hasta su análisis como producto del desarrollo, espacio de acumulación capitalista, palimpsesto arquitectónico, lugar de determinados tipos de relación social y experiencia cultural,

etcétera. Además se acostumbró a poder ver en cada período histórico una representación espacial y estética de una estructura social, sus condiciones materiales, estructuras de poder y valores estéticos, manifiestos urbanísticamente con cierta coherencia y organicidad. Sobre estos supuestos existía también la posibilidad de formular un proyecto de ciudad que articulaba, con la legitimidad mínima necesaria, las aspiraciones del conjunto social en términos de un mundo urbano idealizado y racionalmente organizado. A esto se dedicaban los expertos. Sin embargo, con el agotamiento, hace ya más de 20 años del movimiento moderno en la arquitectura y el urbanismo, efectivamente esta pretensión se acabó. La sensación posmoderna de fragmentación, indeterminación y un mundo fuera de control se tomó al urbanismo. Curiosamente, los mismos urbanistas han puesto poca atención a este fenómeno: ellos se sumergieron más bien en los problemas inmediatos y en las tareas político-administrativas impuestas por las estrategias estatales de gestión. Además, en estos tiempos signados por los afanes prácticos y el saltimbanquismo intelectual -por esta tensión entre el deseo de ser útil y actual sin saber exactamente cómo hacerlo, ni querer sacrificar en absoluto la comodidad de una reestablecida distancia con los hechos- se acabó casi todo interés por nuestra propia propuesta: la teoría del espacio. Desde luego no es difícil entender el marginamiento de la teoría en la última década. El ambiente político-ideológico devaluó y desvirtuó las bases epistemológicas de tal teorización radicadas en el estructuralismo marxista. Al mismo tiempo, el desencantamiento posmoderno tomó una forma particular ante los hechos urbanos. Por un lado, la aparente insolubilidad y la violencia de los problemas sociales contemporáneos; por otro, ese siempre inminente peligro de

quedarse atrás en la carrera de la modernización de la economía y el Estado, y con ello la pesadilla viva de la obsolescencia, tanto de las ciudades como del pensamiento sobre ellas. Así disparados y desintegrados los horizontes de la reflexión urbana, el postestructuralismo se reprodujo con facilidad en la teoría urbana. Sí. ¡Revolucionar la realidad urbana! fue la llamada de la década de los 70, ¡A repensar la ciudad! fue el grito que cerró los años 80. Son pocos los obstinados teóricos de los años 70 que persistieron en una conceptualización del espacio como parte constitutiva de las relaciones sociales, y en la creencia de que la dialéctica entre las fuerzas de producción y las relaciones sociales de producción proporciona la clave para entender el desenvolvimiento de la sociedad en general y su espacialidad en particular. En este enfoque está implícita la idea de la producción social del espacio pues, éste no refleja la sociedad, es la sociedad insistía Castells; es una de sus dimensiones materiales fundamentales, constitutiva de un modo de producción, en el cual el principio estructural de la apropiación y distribución de excedentes determina las relaciones de poder, la comunicación simbólica entre los sujetos y la experiencia urbana específicamente.²

Desde esta perspectiva y en el mundo moderno, antes de enfocar la ciudad como una entidad física, política o jurídica, ella debe entenderse en términos de una dinámica social marcada por los procesos de circulación de capital, los flujos de la fuerza de trabajo, mercancías y capital, la organización de la producción y la transformación de las relaciones espacio-temporales, los movimientos de información y los conflictos entre alianzas de clases

² Castells, 1983- 1989

con bases territoriales etcétera.³ En plena mitad de los años 90, teorizar la ciudad en estos términos provoca una sensación casi nostálgica, de otros tiempos políticos y culturales. Al mismo tiempo, estos mismos procesos constituyen la *obsesión obligatoria* del urbanismo "funcionalista" hoy día. Nunca como en los últimos diez o quince años ha sido tan evidente la relación tan íntima entre la acumulación de capital y el espacio urbano-regional. A lo largo y ancho del mundo, las ciudades han tenido que reestructurarse para seguir participando en los nuevos circuitos internacionales de capital, los Estados locales se transforman de acuerdo con las nuevas condiciones de circulación de capital y rearticulaciones entre capital y trabajo, sectores enteros de las ciudades se degeneran y renacen según los imperativos de la desvalorización/revalorización de capital, etcétera. A pesar del poco interés teórico, no hay objeto de investigación ni problema urbano concreto que no tenga sus raíces en esta recomposición en y a través del espacio de la dialéctica entre fuerzas y relaciones de producción, en las nuevas condiciones espacio-temporales de la organización económica transnacional, movida por la revolución de las comunicaciones y la informática: siendo estos fenómenos el desempleo estructural y la informalidad, la descomposición de las estructuras sociales, la descentralización del Estado y la privatización de los servicios de consumo colectivo, los movimientos sociales y la participación de la sociedad civil en los procesos de gestión urbana, la descomposición del espacio arquitectónico y las luchas por el dominio del espacio público, entre otras. Y no hay ejercicio de prospectiva que pueda evitar la incertidumbre inherente en la reconstitución globalizada de los procesos y relaciones de producción y las innovaciones en la

³ Harvey, 1989

circulación de capital, que se cristalizan alrededor de las preocupaciones sobre la competitividad (económica) de las ciudades, su gobernabilidad (política), su identidad (cultural), y su sostenibilidad (ambiental). Aisladamente cada aspecto de este complejo proceso de "modernización" del sistema productivo y sus relaciones socio-culturales ha sido explorado a través de dos campos discursivos: la economía y el posmodernismo. El intentar articularlos ha sido difícil por el escepticismo general con respecto a los metarrelatos; y hacerlo en relación con el espacio y los problemas urbanos, ha sido menos común todavía. Tal vez el experimento más amplio, sistemático y brillante es, todavía, el trabajo de David Harvey. En *The Condition of Postmodernity* (1989), Harvey postula que la popularidad del estilo y la retórica posmodernista residen en las transformaciones de la vida práctica y cotidiana generadas por el cambio en el patrón de acumulación -el tránsito del régimen fordista y keynesiano de la época de la posguerra al régimen flexible y desorganizado en las nuevas condiciones de competitividad desde 1970- y explora sus consecuencias en la organización espacial, la configuración arquitectónica y la vida cultural de las ciudades. Una aplicación de este marco de análisis, con respecto al surgimiento y a las implicaciones socio-espaciales del ambientalismo urbano, se ensayó en el último Encuentro Hábitat sobre ciudades sostenibles.⁴ El "uso y consumo" de ciudades exige, sin abandonar esta perspectiva, un cambio de énfasis. Implica privilegiar más bien la *experiencia* socio-espacial de la ciudad posmoderna, de esta ciudad insertada en las relaciones post-fordistas de acumulación capitalista. A mi entender, se trata de un cambio tan profundo e

⁴ Brand, 1993

inesperado que, por ejemplo, las nuevas culturas urbanas que surgieron en los años de transformación, en la década de los 80 pasaron sustancialmente inadvertidas para los urbanistas y las ciencias sociales en general. En manos de los escritores y los dramaturgos, los cineastas y los periodistas, quedó revelar este nuevo mundo posmoderno de las ciudades, y apenas ahora se está iniciando una aproximación sistemática a la turbulenta vida urbana contemporánea. Entre el laberinto de posibilidades que el tema así definido ofrece, optaré por explorar aquel fenómeno que, a mi modo de ver, está ubicado en el centro del dilema actual sobre qué hacer con la ciudad y cómo construirla o reconstruirla con un propósito colectivo: la privatización de la vida y sus implicaciones urbanas. **La privatización de la vida y la desconstrucción de lo colectivo**

Los urbanistas ignoraron sustancialmente los amplios y diversos debates alrededor de la privatización de la vida contemporánea. Prefirieron dirigir su interés a la sociedad civil e insistieron, tal vez exageradamente, en los nuevos sujetos colectivos de la posmodernidad: los movimientos sociales, las organizaciones no gubernamentales y las demás agencias de la organización social contemporánea. Se despreocuparon de las transformaciones más estructurales detrás de las formas de asociación actuales, y por lo tanto, de aquellas manifestaciones que no coinciden con sus propias preferencias. Aquí se extiende la privatización de la vida, el debilitamiento de las estructuras colectivas y la transferencia de las libertades y responsabilidades materiales, éticas y estéticas a la esfera del individuo. En principio, entonces, se refiere a una reconstitución de las relaciones sociales que se despliegan espacialmente en el proceso de urbanización, a su vez, involucrando una resignificación del espacio urbano y una

recontextualización de los procesos político-administrativos de planificación y gestión urbanas. Por lo tanto, su pertinencia con respecto a la ciudad, a su uso y consumo, y a los problemas urbanos es tan amplia como potencialmente significativa. Las explicaciones y expresiones discursivas de la privatización de la vida son extraordinariamente diversas y desarticuladas entre sí. Sin embargo, casi todos los grandes movimientos intelectuales de los últimos veinte años van en esta dirección: el posestructuralismo articula una crisis de confianza en la razón universal; el posmarxismo es el abandono del sujeto colectivo de la clase obrera; el debate sobre la posmodernidad gira alrededor de la fragmentación social y la heterogeneidad cultural, en donde la libertad consiste en la emancipación de los discursos opresivos de la modernidad y la celebración de las diferencias; el cuerpo, ese signo vital del sujeto, se vuelve el sitio privilegiado en la vida cultural; en la economía del libre mercado la iniciativa privada se erige como requisito y finalidad del bienestar; en lo político, los intereses de clase se fragmentaron en un calidoscopio de movimientos y grupos de presión que pusieron en crisis la capacidad de representación legítima de los partidos políticos tradicionales.

Y no se trata de meras formulaciones teóricas y abstractas o únicamente de un “estado de ánimo” intelectual, sino de un fenómeno sentido y vivido con aún más fuerza, y mucha más crudeza, en la vida práctica. La flexibilización de los mercados laborales ilustra perfectamente las nuevas condiciones de privatización de la vida, cuyos argumentos y efectos están ampliamente reconocidos: las nuevas exigencias de competencia entre las empresas exigen la capacidad de responder ágilmente a

los cambios en el mercado y maximizar la productividad de los trabajadores. Por lo tanto, hay que remover todos los obstáculos contractuales y las cargas de asistencia social que impedirían tal adaptabilidad. La reducción de personal, la modalidad de contratación por servicios prestados, los contratos de corta duración o intensidad que evitan cargas prestacionales etcétera son características universales en el mundo laboral de hoy.

Las reivindicaciones de generaciones de trabajadores van perdiéndose junto con la idea de un trabajo de por vida. Sobrevivir en estas nuevas circunstancias se vuelve una responsabilidad individual, en condiciones de competencia con los demás y en convivencia con la inestabilidad y, aún para los bien remunerados, la angustia de la ruina a la vuelta de la esquina.⁵ Efectivamente, la privatización de la vida del trabajo desencadena una serie de efectos secundarios que se presentan con suma nitidez social. ¿Necesita trabajo? Pues rebusque, innove, cree una empresa; y si quiere guardar un empleo o mantenerse empleable, capacítase continuamente, muévase con agilidad en las aperturas del mercado, reingenierícese! El Estado intentará establecer condiciones para el ejercicio de la iniciativa privada, pero no le garantizará nada, ni ahora, ni en el futuro.

⁵ En Inglaterra, más de 5 millones de personas perdieron su empleo -y generalmente encontraron otro- entre 1990-1993 (o sea después del peor impacto del Thatcherismo. Esta tremenda inestabilidad laboral se refleja por ejemplo, en las altas tasas de reposición de viviendas hipotecadas por parte de los bancos; el desencantamiento con el mundo del trabajo afecta especialmente a los mayores, las personas entre 45-64 años quienes tienen que enfrentar, además, la obsolescencia de sus valores de lealtad y servicio, propios de la época Fordista, el riesgo de infarto cardíaco como resultado del stress en el trabajo ha dejado de ser, según la European Society of Cardiology, un peligro para los ejecutivos, para constituir hoy día un riesgo para los desempleados y los trabajadores de bajos niveles de ingresos y satisfacción laboral etc. (Guardian Weekly, 3 de septiembre, 1995).

Encárguese usted mismo de la educación de sus hijos; seleccione, con toda la libertad del consumidor, la empresa promotora de salud y la compañía de seguros que más le convenga para alguna seguridad social ahora y en la vejez. ¿Es pobre y necesita vivienda? Pues no espere más del Estado que, en el mejor de los casos, le ofrece un subsidio para llevar al mercado inmobiliario, y defiéndase como pueda. Y así...La flexibilización del trabajo, su inherente inestabilidad, el retiro de garantías estatales de empleo y seguridad -esta privatización de la responsabilidad por la reproducción de las condiciones materiales de vida- contiene grandes implicaciones en la esfera cultural. Un aspecto de especial interés concierne a la revolución en las condiciones de adquisición de identidad en el entorno social. Se argumenta que la identidad del individuo deja de ser determinada por su condición de clase y se presenta ahora como un abanico de posibilidades dispuestas y accesibles de acuerdo con las habilidades, voluntades y preferencias personales. Los determinantes de la identidad se transfieren de la esfera de la producción a la del consumo⁶. Las opciones de vida ya no son prescritas, sino que se presentan como la posibilidad o mejor, la obligatoriedad de escoger un estilo de vida (familiar, sexual, de comida y vestido, creencias, intereses y pasatiempos, etcétera) que ofrece la sociedad de consumo, en la cual la presentación de uno mismo se vuelve un proyecto reflexivo⁷.

Paralelamente, los avances tecnológicos en las comunicaciones y la informática aceleran esta individualización hacia extremos hasta hace poco impensables, en una hiperinflación de medios de

⁶ Heller, 1992

⁷ Heller, 1992

transmisión y manipulación de información. Trabajar desde la casa es una realidad que se intensificará enormemente en el futuro, igual que asistir o participar en una conferencia desde la silla del hogar. Ahora toda actividad lúdica puede realizarse individualmente y de acuerdo con la compilación de un programa propio e independiente de los demás: ver cine, escuchar o tocar música, jugar ajedrez o cartas, efectuar compras, ahondar en intereses o aficiones, etcétera. Estas tendencias subyacen a lo que Bauman (1992) describe como la añoranza e invención posmoderna de comunidad. La libertad de escoger un estilo de vida basado en decisiones propias trae consigo la soledad que conlleva el deber moral individual y la necesidad de compartir tales responsabilidades y sus consecuencias en la vida cotidiana. Sin embargo, las bases naturales y materiales de comunidad,- parentesco, clase social, localidad- se debilitan ante a la fuerza demoledora de la privatización de la vida. En estas condiciones, argumenta Bauman, surgen las "comunidades imaginadas", que no existen como cuerpos sociales integrados, sino que se crean como resultado de actos individuales de auto-identificación, sin más fundamentación que el compromiso simbólicamente manifestado de sus miembros. En estas comunidades, no hay controles ni sanciones de entrada y salida. Son las "neo-tribus"⁸ en las cuales la sensibilidad y la sensación, el sentimiento y la atracción constituyen los "vectores éticos de la asociación no obligante" de las comunidades de la posmodernidad. La socialización posmoderna se vuelve una experiencia estética compartida, inherentemente inestable y contingente. En su conjunto, estas tendencias cada vez más extendidas hacia la privatización de la vida, incitan un desligamiento

⁸ Maffesoli, 1991

del interés del individuo y su proyecto de vida, de la condición social y el devenir de la sociedad en su totalidad. ¿No están aquí las raíces del declive y despreocupación actual con respecto al impulso reformador del proyecto moderno, para Lechner (1989) el asunto clave de la condición posmoderna? Y teniendo en cuenta que a lo largo del Siglo XX, este ánimo de reforma emancipadora constituía la ideología que movía y legitimaba la planeación urbana, debe ser un fenómeno de importancia fundamental en el campo de lo urbano. La pregunta urgente es, entonces: ¿Sobre qué construir un sentido de solidaridad entre los individuos? La libre formulación de proyectos de vida, condicionada “únicamente” por una determinada capacidad de consumo, necesariamente pone al individuo no sólo a competir con los demás en el mercado del trabajo, sino también a distanciarse de los demás a causa de los objetos, los valores y los estilos de vida. Es precisamente por este motivo que la asociación entre individuos no puede realizarse sino sobre los vectores afectivos descritos por Maffesoli. La sociedad de consumo radicalizada, y dentro de ciertos límites radicalmente democrática, elimina cualquier otra posibilidad. Es en este sentido que Bauman (1990) propone que la libertad, la igualdad y la fraternidad -los ideales que inspiraron la acción humana durante dos siglos- han sido reemplazados por la libertad, la diversidad y la tolerancia. Esto significa, entre otras cosas, que el énfasis de la libertad se traslada desde lo social hacia los derechos individuales: el reconocimiento del otro y la legitimidad de las diferencias, el derecho de ser y vivir distinto y no igual a los demás. El legado de la Ilustración no desaparece del todo, sino que se produce "una neta *diferenciación* entre una idea del bien común, representado y tutelado por el soberano (El Estado) y una idea del bien de los individuos sobre el

cual el poder público no puede actuar."⁹ Con estas breves pinceladas del removido paisaje social, podemos proceder a mirar algunas de sus consecuencias en el marco de la ciudad. **Lo privado, lo público y lo urbano** O lo bueno, lo malo y lo feo. Lo privado, la esfera de las libertades individuales, la innovación, la eficiencia; lo público, el terreno pretérito de la burocratización, las rigideces opresivas, la corrupción; lo urbano, esa megamonstruosidad de mil caras. Esto sería por lo menos una caricatura aceptable de las ideas puestas en circulación por la doctrina neoliberal. Vale la pena, sin embargo, indagar más sistemáticamente la manera como el movimiento estructural hacia la privatización de la vida material y cultural recompone la esfera del interés público, y sus implicaciones para la administración y configuración espacial de las ciudades. El efecto más obvio concierne a la privatización de las empresas públicas, sean de bienes o de servicios, y la desregulación de la empresa privada y del mercado en general. Se trata de un fenómeno que se legitima en la transferencia de la idea de *servicio* al sector privado (mediante la eficiencia del mercado), y la conversión del usuario en cliente (cuya satisfacción está determinada por su condición de consumidor individualizado). En realidad, la eficiencia o no de la empresa pública es secundaria, pues generalmente las más eficientes/rentables son precisamente las primeras en privatizarse, y más bien se trata de una respuesta a la crisis de sobre-acumulación de los años 70 y el exceso de capital financiero y especulativo en los mercados mundiales.

⁹ Colo, 1995, itálica mía

Lo interesante desde la perspectiva de este ensayo es el fraccionamiento del interés colectivo. El ciudadano se convierte en un cliente que no tiene mayor interés en el servicio prestado que el monto de su propia cuenta o en el mejor de los casos como portador de unas pocas acciones; la empresa privatizada tiene que generar ganancias por encima de todo y responder a un grupo selecto de inversionistas (usualmente extranjeros); mientras que el Estado local se reduce al papel de débil mediador con poderes menores de reglamentación. El resultado es que se diluyen los lazos infraestructurales de lo local, hecho que podría o no tener implicaciones de fondo en cuanto al sentido de identidad y solidaridad urbanas. En Cartagena no lo tuvo, aparentemente; en Medellín, indudablemente sí lo tendría. En segundo lugar, y aunque generalmente no se plantea explícitamente en estos términos, una estrategia de compensación por la pérdida de control local y público de la infraestructura física es el incremento en la promoción pública del capital cultural de las ciudades: los bienes y servicios tales como parques, teatros, museos, hoteles, bibliotecas, centros de convenciones y exhibiciones, escenarios deportivos y recreativos, etcétera. Dicha estrategia tiene la bondad de mejorar la imagen cultural de las ciudades como centros atractivos y competitivos en el escenario internacional y, simultáneamente, responder a la importancia del acceso a bienes culturales en la adquisición de identidad de los individuos en el mundo posmoderno. Desafortunadamente, se ha aplicado mucho menos imaginación y determinación en esta dirección que en la privatización de los servicios públicos. La noción de cultura sigue atada a una concepción moderna de "alta cultura" y buen gusto legislados por los artistas e intelectuales, sin poder aceptar las

implicaciones radicales de la heterogeneidad y el pluralismo de valores y expresiones culturales legítimas.

El paternalismo de las dirigencias locales se expresa en los esfuerzos todavía míseros por fortalecer el capital cultural de los sectores populares. La vieja acusación de que los dirigentes locales construyen teatros prestigiosos e importan obras de ópera internacionales para ellos mismos, mientras que apenas aplanan placas deportivas para los demás, es apenas una exageración de una realidad que todavía se manifiesta en el espacio urbano. Los monótonos y uniformes sectores populares carecen de lugares, de una arquitectura y espacios “monumentales” que darían testimonio simbólico de su propia cultura e identidad. Reconocer la heterogeneidad social y cultural implica dotar a los grupos menos favorecidos de la infraestructura y el equipamiento espacial adecuados a sus propias necesidades, pero con igualdad de derechos, diversificar y descentralizar la inversión pública en capital cultural, y en Medellín, por ejemplo, construir el equivalente al Teatro Metropolitano en cada sector de la ciudad: monumentos urbanos reales y concretos del pluralismo cultural y la democracia participativa posmoderna. Este punto nos lleva a la cuestión más generalizada de la fragmentación arquitectónico-espacial de la ciudad. En contraste con la ciudad tradicional y su coherencia arquitectónico-espacial proporcionada por la relación estrecha entre tipología arquitectónica y morfología urbana, la ciudad contemporánea crece y se reconstruye con una tremenda diversidad arquitectónica que rompe la estética urbana en fragmentos. Cada edificio, conjunto residencial, centro comercial o torre de oficinas configura un gesto estético independiente del

edificio vecino, o de cualquier orden espacial colectivo fuera de las normas de construcción que regulan en cantidades más no cualitativamente. Espacios para nuevos estilos de vivir, las nuevas separaciones y remezclas de actividades, aseveran su autonomía ante al resto de la ciudad en todo, menos en la cuestión de accesibilidad. Son unidades autónomas que intentan crear mundos interiores seductores en su individualidad, exclusividad, sensaciones y/o seguridad. Esta descomposición de la ciudad es una expresión de la privatización de la vida en las propuestas espaciales y estéticas urbanas. La ciudad ya no muestra una espacialidad orgánica y una intencionalidad única sino, y sobre todo, diversidad y diferencia. Desbaratamiento que coincide con la disolución de las utopías modernas totalizantes y su sustitución por las heterotopías posmodernas del fragmento; el paso de la estética de un proyecto racional del conjunto social a la fantasía individualista¹⁰. Al mismo tiempo, implica que la ciudad no se presta a una interpretación única, sino a múltiples interpretaciones según la experiencia personal del individuo, que forma su propia imagen según los recorridos y “relatos” que provienen de su participación particular en ella. Desde esta perspectiva, la diversidad y la fragmentación estéticas reelaboran experiencialmente la individualización de lo urbano, insinuando la existencia, no de una sino de todas las ciudades que los individuos quieran crear. ¿Cómo formular un proyecto colectivo de ciudad si vivimos mundos urbanos distintos y desconexos, y en donde el espacio urbano se reduce a canales de movimiento y no de significación social? Por supuesto es una pregunta cuya validez depende de dos actitudes: suponer la igualdad de opciones estéticas para todos e ignorar las

¹⁰ Pérgolis, 1995

desigualdades sociales en la construcción y disfrute de los lugares. En cuarto lugar ¿Cuáles son las implicaciones de la privatización de la vida para la formación de comunidades? En ninguna parte como en los asuntos urbanos se llama tan insistentemente a la comunidad, entendida vagamente como una agrupación social con una identidad e intereses colectivos basados en el compartir de un territorio. La idea de la privatización de la vida refuerza las críticas formuladas desde otro ángulo que cuestionan la homogeneidad y la cohesión interna de estas comunidades, resaltando los conflictos de interés y el carácter frecuentemente coyuntural de los momentos de solidaridad y movilización colectiva, a su vez llevando a un análisis más fino de actores y agencias en la micropolítica urbana. La privatización de la vida y la invención de "comunidades imaginadas" lleva estas críticas a un paso más radical, ya que replantea las bases sociales y el carácter mismo de comunidad, niega sus orígenes en un espacio compartido pero sin excluir una eventual expresión de auto-identificación en determinados territorios. Sería una equivocación exagerar la pérdida de influencia de los factores tradicionales en la creación de comunidad. Al mismo tiempo, sin embargo, el patrón de ocupación y configuración espacial de la ciudad también contribuye directamente al debilitamiento de estas comunidades espaciales: el incesante crecimiento urbano, la inestabilidad del lugar de residencia y de las relaciones familiares, la diversidad de las formas arquitectónicas (edificios, conjuntos cerrados, etcétera) que aíslan y al mismo tiempo excluyen a los demás; el empobrecimiento del espacio público -entre otros-, todos diluyen el sentido de comunidad que proporciona el lugar de residencia. El barrio, esa referencia identificatoria universal hasta hace 20 años, ya no tiene más

vigencia sino como categoría de conveniencia en la división territorial de la ciudad para efectos puramente administrativos. ¿En qué consisten ahora las viejas comunidades espaciales, más allá de una relación de vecindad temporal, un acercamiento ocasional frente a un problema coyuntural, una asociación cuasi jurídica de copropietarios o en la ciudad, una llamada mítica a viejas identidades regionales en proceso de recomposición? ¿Qué importancia social y relación orgánica tienen con las "comunidades imaginadas" y las "neo-tribus" de la socialidad posmoderna, que buscan su identidad en los horizontes más amplios de la ciudad entera y no simplemente en el lugar de residencia? Son preguntas que merecen una investigación sistemática e incorporación en las estrategias de gestión urbana. Finalmente, aquel aspecto de la privatización de la vida que conduce a la diferenciación entre el bien común y el público sirve para iluminar la formulación contemporánea de los problemas urbanos y la nueva delimitación de las opciones y viabilidad política de intervenciones desde el Estado Local. Colo (op.cit) observa cómo esta situación conduce a la *procesualización* del bien común, su reducción a contenidos procedimentales, los únicos que pueden ser aceptados universalmente. Por eso, la intensidad del interés en los mecanismos de la democracia. Si las ideas respecto al bien común son tantas y en principio todas legítimas, este pluralismo se vuelve un problema en sí, para resolver mediante procesos que permitan llegar a consensos o acuerdos prácticos pero no necesariamente estables. Dicha situación depende, por supuesto, de la incapacidad o desinterés de las instituciones centrales, especialmente del Estado, de formular y/o imponer su propia versión del interés colectivo, hecho especialmente evidente en el campo de la

planeación urbana en los últimos años. La procesualización de la planeación en Colombia ha sido notoria. El contenido de los planes de desarrollo, sus propuestas sustantivas sobre la ciudad como hecho físico, casi desaparecieron. En contraparte, amplios actos constitucionales y legislativos establecieron un verdadero arsenal de medidas jurídicas y administrativas para garantizar, por lo menos formalmente, espacios y canales para incorporar una diversidad de intereses en la administración de lo urbano, y para fiscalizar el actuar de las entidades públicas. La planeación urbana racionalizó técnicamente este pluralismo, mediante la adopción de las propuestas metodológicas de consultación, participación, concertación y cogestión, y la flexibilidad de las normas (para incorporar los sectores informales) y la negociación de las normas (con el sector privado). Sobre estas bases procedimentales la ciudad se construye por partes, descoordinada y coyunturalmente. Por otro lado, la separación del bien común del bien individual conlleva a un replanteamiento radical del contenido de propuestas urbanas capaces de convocar a la sociedad urbana en su conjunto, y de captar la imaginación y apoyo de la ciudadanía toda. La expresión de la solidaridad ya no se canaliza alrededor de proyectos “altruistas” dirigidos a los sectores populares (aunque los proyectos de mejoramiento de los sectores populares podrían seguir incluso con mayores y renovados esfuerzos), o a cualquier otro grupo social o espacio geográfico particular (incluyendo el centro, que ya no es el centro para todos). Ahora son las redes, los flujos y las interconexiones urbanas los que articulan las diferencias, los que determinan la viabilidad política de un proyecto urbano, animado por la solidaridad interesada de la heterogeneidad posmoderna. Es por este motivo que el contenido del debate político

sobre la ciudad se reorientó en los últimos años hacia los medios de contacto -reales o simbólicos y muchas veces confrontacionales- entre los diversos grupos y culturas urbanas: las vías (su estado físico, limpieza, ocupación y eficiencia para el transporte), el comportamiento del individuo en ellas (el respeto por el otro como peatón, conductor, trabajador), la seguridad que ofrecen para la protección de bienes y vidas (ante a la inseguridad generalizada), el sistema público de financiación urbana (impuestos, tarifas, subsidios), y el medio natural común (con sus riesgos para la salud). Los demás asuntos “puntuales” tienden a resolverse entre las partes directamente involucradas. Y en estas circunstancias, los dirigentes no tienen que proponer más que su pulcritud, imparcialidad y capacidad gerencial. **Solidaridad y sostenibilidad**

Si las proposiciones anteriores son válidas ¿Qué significan para la ciudad como lugar colectivo, y cómo representar espacialmente un nuevo sentido de propósito común? Estas no son preguntas meramente retóricas, ya que las desigualdades y tensiones inherentes a esta privatización de la vida traen consigo un conjunto de conflictos que contrarrestan los beneficios de esta libertad individualizada del consumidor de lo urbano. La inseguridad, la violencia, la desconfianza y la vulnerabilidad que se generan terminan también aprisionando al individuo. El espacio público se convierte en espacio de nadie, del transeúnte atemorizado o para tomas precarias; los espacios simbólicos dejan de significar universalmente, sujetándose a interpretaciones múltiples y contradictorias; los gobiernos locales, desprestigiados por la corrupción, pierden su capacidad de representación política y legitimidad como órganos de imposición de un orden colectivo mínimo. La discusión realizada hasta ahora esboza el contexto en el

cual se perfilan las dos propuestas principales ante el dilema contemporáneo de la solidaridad urbana en condiciones de privatización. El primero tiene que ver con las bases materiales de la condición moderna. Con la organización transnacional del capital, las ciudades se han visto obligadas a reestructurarse para poder competir en las nuevas condiciones de la economía mundial, hecho que exige no sólo la adecuación de sistemas de comunicación e infraestructura, sino también la creación de nuevas imágenes urbanas. Estas imágenes tienen que atraer a inversionistas en general y, simultáneamente, insertar la ciudad en la circulación de capital en las industrias de la cultura, la recreación y el turismo. En la medida en que las ciudades y sus economías se encuentren “solas” y sin las garantías anteriores del proteccionismo estatal, surge aquí un potente argumento en favor de la solidaridad urbano-regional, basado en la sobrevivencia y el bienestar económico en un mundo despiadadamente cambiante y competitivo. Evidentemente esto constituye un raciocinio importante para reaglutinar una perspectiva colectiva sobre la ciudad y su futuro. Fijar así la mirada en el resto del mundo afina la identidad colectiva propia y devuelve un sentido de urgencia a la noción del interés común focalizado alrededor de la ciudad. Y no obstante la preocupación por la imagen exterior, podría tener ventajas significativas para la vida interna de la ciudad, revitalizando los centros u otros sectores urbanos y ampliando el capital cultural disponible para sus habitantes. Sin embargo, en la medida en que no se solucionan, y tal vez se acentúan, los problemas de desempleo, subempleo, pobreza y el conjunto de fenómenos sociales relacionados con la desigual distribución del ingreso urbano, esta estrategia tiende a socavarse continuamente. La segunda opción para la solidaridad urbana

posmoderna gira alrededor del medio ambiente. Desde el Informe Brundtland, el debate ambiental se extendió al tema urbano, y hoy día cualifica todas las discusiones urbanas e impone su propia agenda. La idea de la sostenibilidad urbana, mediante los principios técnicos de eficiencia energética y protección de los sistemas de recursos naturales, plantea una perspectiva alternativa para evaluar el conjunto de actividades urbanas (industria, transporte, vivienda, recreación, etcétera y su organización en el espacio), privilegia otros problemas propios (riesgos naturales, saneamiento ambiental, conservación del patrimonio), sustenta una nueva estética “verde” (parques, espacios verdes, arborización) y contribuye a la definición de nuevos conceptos claves en la discusión urbana, como hábitat urbano y calidad de vida. Lo interesante desde nuestra perspectiva consiste en la transferencia del interés colectivo al medio natural. Como hemos visto, la privatización de la vida dificulta la formulación de la solidaridad en términos sociales; al mismo tiempo, el deterioro ambiental parece demostrar lo destructivo del desarrollo social, lo equívoco de sus conceptos legitimadores, lo ilusorio del progreso, en fin, la obsolescencia de las categorías de la modernidad sobre las cuales la solidaridad social solía construirse. En este sentido, la solidaridad posmoderna se formula de modo indirecto y oblicuo, evadiendo el significado de las transformaciones sociales como tales, y desplazándose a los efectos de éstas sobre el medio ambiente. No es el universo social el que abraza, cobija y une la multitud de vidas privadas, sino el mundo de la naturaleza transformada. Nuestra condición biológica establece exigencias ecológicas de reconocimiento de la interdependencia de los seres humanos y de la responsabilidad mutua entre los individuos. La ecología se presenta como el paradigma perfecto para acomodar la

diversidad social y cultural posmoderna dentro de la unidad y equilibrio. Y como si todo esto fuera poco, proporciona un modelo positivo para pensar el futuro, en el cual la equidad limitada de las propuestas ambientales para el presente se refuerzan con la idea de la equidad intergeneracional, consistente en un testamento de dudosa confiabilidad respecto a la herencia patrimonial de las generaciones futuras. La aceptación de la idea amorfa de sostenibilidad es tan amplia, su credo tan repetido, su contenido tan racionalizado técnicamente, que apenas un par de ilustraciones sirven para resaltar su significado para la reconstrucción de la solidaridad entre los individuos. Para Anthony Giddens (1994), la crisis ecológica es "modernidad bajo un signo negativo", la expresión material de los límites de la modernidad, y la oportunidad de remoralizar nuestras vidas. Contiene la semilla de una nueva utopía, basada en "el interés común, la unidad en diversidad, el redescubrimiento de valores positivos universales y la renovación política a través de la cooperación global". Y para el posmarxista Alain Lipietz (1994), el futuro sostenible dependerá de esta solidaridad entre los individuos, de tal manera que el progreso deberá medirse en términos de "la autonomía de los individuos y los grupos, la solidaridad entre los individuos y los grupos, y la ecología como principio que rige las relaciones entre la sociedad, el producto de sus actividades, y su medio ambiente". Para terminar, es menester observar que la solidaridad entre ciudadanos, en respuesta a las condiciones de competencia entre ciudades, es una extensión lógica de la privatización de la vida material, el impulso del interés individual contextualizado y radicalizado en el mercado internacional. Por su parte, la solidaridad ecológica aparece como su inverso, su reflejo: el altruismo posmoderno basado en el interés

individual de supervivencia en el entorno ecológico y preocupación multivalente con respecto a la calidad de vida. Estos dos fenómenos constituyen, a mi parecer, los terrenos sobre los cuales se está reconstruyendo la ciudad y definiendo su uso y consumo como hecho colectivo. En ambos casos, están dinamizando y dando forma a la reconstrucción de las ciudades entendidas nuevamente con cierto sentido de unidad, y ofrecen oportunidades únicas para replantear viejos debates, y pensar y proyectar el futuro de la ciudad. Desafortunadamente, la despreocupación por la teoría del espacio ha obstaculizado su análisis crítico en relación con el proceso de acumulación, sus relaciones socio-espaciales, los contenidos ideológicos, y su significación para la planeación, la gestión y el diseño urbanos. Al mismo tiempo, las contradicciones se presentan inconteniblemente en la práctica, donde la desigualdad persiste como un fenómeno desestabilizante, resistente a los esfuerzos posmodernistas de enterrarla entre las diferencias y la indiferencia.

Bibliografía

- BRAUMAN, Zigmunt (1992) *Intimations of Postmodernity*, Verso, London.
- (1990) "From Pillars to Post", *Marxism Today*, Feb., 20-25
- BRAND, Peter (1993) "Los 'usos del suelo' un concepto obsoleto: hacia las nuevas relaciones funcionales y simbólicas del urbanismo ecológico", en *A la búsqueda de ciudades sostenibles*, Fundación Hábitat, Bogotá.
- CASTELLS, Manuel (1989) *The Informational City: information technology, economic restructuring and the urban-regional process* Blackwell, Oxford.
- COLO, Ivo (1995) "Ciudadanía y sociedad postmoderna", *Foro*. No. 26, Mayo, 4-13
- GIDDENS, Anthony (1990) *The Consequences of Modernity* Polity, Cambridge.
- (1994) *Beyond Left and Right*, Polity, Cambridge
- HARVEY, David (1990) *The Condition of Postmodernity*, Blackwell, Oxford.
- (1989) *The Urban Experience*, Blackwell, Oxford.

HELLER, Agnes (1992) "Los movimientos culturales como vehículo de cambio", en GIRALDO F. & VIVIESCAS F. (Eds) *Colombia, el despertar de la modernidad*, Ed. Foro, Bogotá.

LECHNER, Norbert (1989) "Ese desencanto llamado posmoderno", *Foro*, No. 10, 35-45

LIPIETZ, Alain (1994) "Post-Fordism and Democracy", en *Post-Fordism: a Reader*, Blackwell, Oxford

MAFFESOLI, Michel (1991) "The Ethics of Aesthetics", *Theory, Culture & Society*, Vol 8, 7-20

PERGOLIS, Juan Carlos (1995) "Deseo y estética del fragmento en la ciudad moderna", *El Espectador* (Magazín Dominical), 7-11